



LA CONSAGRACIÓN JOSUÉ CAPITULO 5

PETER BELLINGHAM

11 DE JUNIO DE 2006

Josué llevó al pueblo de Israel a la Tierra Prometida después de haber estado perdidos en el desierto durante 40 años. Entre el desierto y la tierra prometida había una barrera natural que tuvieron que cruzar; el río Jordán.

Los historiadores dicen que el pueblo de Israel en ese entonces comprendía entre 4 y 6 millones de personas. ¿Cómo lograron cruzar ese río? ¿Nadaron? No. ¿Construyeron un puente? No. ¿Caminaron! Dios dividió las aguas y cruzaron sin mojarse.

Pero antes de que Dios pudiera dividir las aguas, los sacerdotes tuvieron que mojarse los pies. Dios les ordenó ir delante del pueblo y poner sus pies en el río. Después de eso El dividió las aguas. Así que los sacerdotes tuvieron que tomar la iniciativa. Tomar ese primer paso. Añadir virtud a su fe. Actuar según lo que Dios les había dicho.

Los sacerdotes se mantuvieron en el lecho del río hasta que toda la gente había cruzado. Por tanto, se mantuvieron firmes en lo que Dios les había dicho. Después, tomaron doce piedras del lugar donde habían estado parados, y las levantaron como un recuerdo, un testimonio a lo que Dios había hecho. De la misma manera, esta historia en sí nos sirve como un testimonio muy relevante para nosotros.

Quizás estemos nosotros en un desierto espiritual en algunas áreas de nuestra vida. En estas mismas áreas, Dios quiere llevarnos a una tierra prometida. Pero primero tenemos que cruzar el Río Jordán. Y para poder cruzarlo tenemos que actuar como los sacerdotes, tomando el primer paso para obedecerle a Dios y de allí manteniéndonos firmes en lo que El nos ha dicho. Así podemos entrar en la tierra prometida. Y tanto nuestra obediencia como lo que El ha hecho para nosotros de dividir las aguas, se convierte en un testimonio para nosotros, nuestros hijos, y las demás personas. Cada vez que le obedecemos a Dios, una piedra de testimonio es levantada en nuestra vida.

Como vimos, la gente de Israel cruzó el río Jordán. Ya estaban en su nueva tierra. Pero se encontraron con el problema de que otras tribus habitaban en esa tierra. Y ellos no iban a recibir al pueblo de Israel, diciendo “¡Mucho gusto! ¡Bienvenidos, tómense nuestra tierra!” De la misma manera, cuando Dios nos lleva a nuevos lugares en El, hay obstáculos. **Hay hábitos que romper, temores que eliminar.** Y el diablo se enoja cuando Dios hace algo en nuestra vida. El nos odia y trata de ponernos obstáculos en frente de nosotros. Tal vez hemos entrado en la tierra prometida en ciertas áreas de nuestra vida pero hay batallas aún por librar, porque los habitantes de la tierra no nos quieren ceder el terreno.

Pero realmente no nos debe importar qué tan enojado esté el diablo. **El enojo del diablo no puede borrar el testimonio de lo que Dios ya ha hecho en tu vida.** El diablo pone piedras en tu camino y a veces puedes sentirte desanimado. “Oh Señor, tal vez no tengo la victoria. Quizás nunca seré libre en esta área. Y es más, quizás realmente no has hecho tu obra en mi vida. Quizás mi testimonio no es lo que yo pensaba que era. Debo seguir viviendo en el desierto.” Pero tienes que recordar que todo eso viene del diablo y el no puede quitarte lo que Dios ha hecho en ti. Echa un vistazo a las doce piedras de testimonio, a lo que Dios ya ha hecho en ti y vas a revivir tu ánimo.

CUANDO DIOS
NOS LLEVA A
NUEVOS
LUGARES EN EL,
HAY
OBSTÁCULOS.

Cuando todos los reyes de los Amorreos que estaban al otro lado del Jordán al Occidente, y todos los reyes de los Cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel. (Josué 5:1 RVR1960) Los Israelitas iban rumbo a la victoria. Dios había hecho algo por ellos y así había atemorizado los corazones de sus enemigos. Y la verdad es que cuando Dios hace algo en tu vida, atemoriza al diablo.

PARECE QUE
DIOS PUSO A
TODO SU
PUEBLO EN UN
ESTADO DE
DEBILIDAD.

En aquel tiempo Jehová dijo a Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve a circuncidar por segunda vez a los hijos de Israel. 3 Y Josué hizo cuchillos afilados, y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot... 8 Y cuando acabaron de circuncidar a toda la gente, se quedaron en el mismo lugar en el campamento, hasta que sanaron. (Josué 5:2-3, 8) Cuando leemos la Biblia, debemos tratar de imaginar la situación narrada como si hubiéramos estado allí. ¡Imagínate a un hombre de guerra israelí en esta situación! Acabas de entrar en la tierra prometida, delante de los demás, sabiendo que hay batallas que librar. Estás listo para la batalla, sabiendo que van con rumbo a la victoria, porque Dios está actuando a favor de Israel. Y de repente Dios les dice a través de Josué “Los vamos a circuncidar a todos.”

La circuncisión, cuando no hay anestesia, es una cirugía bastante dolorosa. Te deja incapaz de hacer ninguna actividad mientras te sanes. ¡Qué raro, entonces, circuncidar a un ejército que está rodeado por enemigos! ¡Incapacitar al ejército! Al mandar que fueran circuncidados, parece que Dios puso a todo Su pueblo en un estado de debilidad y vulnerabilidad ante sus enemigos.

¿Por qué fue necesaria la circuncisión? Sencillamente, porque **los caminos de Dios no son nuestros caminos, y sus pensamientos no son nuestros pensamientos.** Sin embargo, El sabía lo que hacía.

Empezando con Abraham, la circuncisión había sido una señal en el pueblo de Israel que lo separó de los demás pueblos. Dios había hablado a Abraham mandándole que se circundara a sí mismo y a sus hijos. *Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. 2 Y pondré mi pacto entre mí y tú, y te multiplicaré en gran manera... Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros. 11 Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros* (Génesis 17:1-2, 10-11) Entonces la circuncisión fue una señal del **pacto** que hay entre Dios y Su pueblo; y fue una señal de **la consagración**, es decir, de estar dedicado a Dios, puesto aparte para El, y obediente a El.

En el antiguo pacto, Josué tuvo que circundar a su gente para demostrar que tenían un pacto con Dios y estaban consagrados a El. Pero hay una circuncisión en el nuevo pacto también. No es una circuncisión física, sino del alma. En ambos casos, es de hecho una señal de poder no de debilidad.

Como muchas cosas en el antiguo testamento las situaciones son símbolos de realidades espirituales, la circuncisión es un símbolo de lo que tenemos en Cristo espiritualmente.

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. (Galatas 6:15) ¿Bajo el nuevo pacto, qué cosa vale? No importa si físicamente eres circuncidado o no. Lo que vale es nacer de nuevo. Lo que vale es ser una nueva creación.

Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (Romanos 2:28-29) Es decir, debemos ser circuncidados en el corazón; en nuestra alma.

Cuando hablamos del corazón no estamos hablando del corazón físico. Estamos hablando de nuestro recóndito, nuestro carácter, nuestra alma, el centro de nuestro ser. Cuando yo le digo a mi esposa, “Te amo con todo mi corazón,” no estoy hablando de mi corazón físico dentro de mi pecho. Estoy hablando de mí ser, de la base de quien soy. En ciertas culturas no usan el corazón como símbolo del centro del ser. Usan los riñones como símbolo. Entonces yo tendría que decirle a mi esposa, “Te amo con todos mis riñones.” Es algo cultural, pero evidentemente en la cultura Bíblica el corazón representaba

también el centro de quienes somos. Entonces tenemos que ser circuncidados en nuestro recóndito; nuestra alma. Quitar el viejo hombre y convertirnos en nuevas criaturas en Cristo.

Porque en él (Jesús) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. (Colosenses 2:9-10) Somos completos en Cristo. Quizás tu te dices, “Pero es que me hacen falta tantas cosas en mi ser...” No. En Cristo eres completo. 11 En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; 12 sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos (Colosenses 2:11-12) Cuando entregamos nuestra vida a Cristo nacimos de nuevo, fuimos levantados a una nueva vida, y fuimos circuncidados con circuncisión no hecha a mano, sino por Jesucristo. Caminamos en la realidad de esta circuncisión a medida que diariamente optamos por andar en el nuevo ser.

Así que para nosotros también la circuncisión es un señal del pacto que tenemos con Dios; el pacto del nuevo nacimiento a través de que somos Sus hijos y El nuestro Padre. Hay algo especial que tenemos, entre nosotros y Dios. Un pacto. Una relación de Padre e hijos. Cuando Satanás te acusa, diciéndote, “Ay, ¡tu eres un fracaso!” tú le puedes decir, “Tengo un pacto con el Dios Todopoderoso. ¿Quiere evidencia? Tengo mis problemas, pero en Cristo, soy nueva criatura.” ¿Amén?

También es una señal de la consagración porque pertenecemos a El y por tanto optamos por hacer Su voluntad y no la nuestra. El pueblo de Israel fue escogido como el pueblo especial de Dios, y la circuncisión fue señal de que pertenecía a El y caminaba en obediencia a El, así que nosotros también hemos sido puestos aparte para Dios, y la señal de eso es que queremos vivir por El, y vivir en El. Optamos por caminar en el nuevo y no en el viejo ser. Es decir, tomamos nuestra cruz y optamos por creerle a Dios y obedecerle.

El nombre Josué en Hebreo significa Salvador, igual que Jesús. En el antiguo testamento “el salvador” Josué, él que llevo al pueblo a la tierra prometida, los circuncidó con un cuchillo de piedra. En el nuevo pacto, el Salvador Jesús nos ha llevado a la tierra prometida y El nos ha circuncidado en nuestro corazón no con un cuchillo hecho por manos sino por el Espíritu de Dios.

Después de haber sido circuncidado, esos varones de guerra se quedaron en el campamento, esperando que sanasen. Estaban adoloridos, y ni siquiera tenían ganas de ponerse en pie. Relacionándolo con tu vida, Dios te ha mostrado que en cierta área quiere que le obedezcas. Has tomado la iniciativa y te debes mantener firme en esa área. Ya estás caminando en lo que Dios quiere, entrando en la tierra prometida. Y ahora El te exige más consagración, más entrega. El te exige un nuevo nivel de creerle. Es como ser circuncidado después de cruzar el Jordán.

Mientras optas por el nuevo ser, mientras optas por seguir la voluntad de Dios, tal vez te sientas débil y vulnerable. El está haciendo algo en tí. No has pasado antes por este camino. Es algo nuevo en tu vida y tal vez te sientes inseguro y débil. ¡Pero está bien! Así se sentían los Israelitas habiendo sido circuncidados, pero **la circuncisión no significaba que Dios les había abandonado; ¡de hecho fue una fuerte señal de que Dios estaba con ellos!**

Vosotros también... *añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; 6 al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; 7 a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor (2 Pedro 1:5-7) Todos tenemos áreas en las que Dios está tratando con nosotros. Y tal vez en esas áreas ya estamos andando en fe, creyendo que Dios cumplirá Sus promesas. Quizás ya hay virtud, estamos tomando los pasos que El quiere. También hay conocimiento, entendemos básicamente lo que Dios está haciendo en nosotros en esa área.*

Pero ahora hay que añadir más cosas. *Al conocimiento, dominio propio...* **Dominio propio significa manejar tu vida diaria según lo que Dios ya te ha mostrado.** Como ejemplo quiero mencionar que en mi juventud luchaba yo con la anorexia. Perdí bastante peso. Dios me sanó totalmente, pero fue un proceso. Al principio tuve que tener fe, “Dios, tú me puedes sanar.” Después virtud, “Dios, voy a creer que tú me amas y por tanto hay razones para cuidar mi salud. Voy a comer.” Conocimiento, “Dios, yo tenía ese

**AHORA EL TE
EXIGE MÁS
CONSAGRACIÓN,
MÁS ENTREGA.**

problema porque sentía que nadie me amaba.” Pero después tuve que añadir dominio propio. Una vez que Dios me había librado de esa lucha, a veces tenía ganas de no comer, pero tuve que ejercitar dominio propio, “Dios, tú me has dicho que coma; entonces lo voy a hacer, aunque tal vez me siento raro, voy a comer.”

Y tuve que añadir paciencia. Estas cosas a veces toman tiempo para ser sanadas. Conozco a una mujer que en el pasado sufría de depresión crónica, hasta sentir ganas de suicidarse. Dios la ha sanado totalmente. Ya no lucha con esas cosas como antes, pero tenía que tomar decisiones difíciles. Tenía que añadir virtud a su fe. Conocimiento a su virtud. Dominio propio al conocimiento. Paciencia al dominio propio. Paciencia consigo mismo.

Por tanto, no dejando de caminar en fe, virtud, y conocimiento, tenemos que edificar sobre esas cualidades en nuestra vida el dominio propio, la paciencia y todo. El pueblo de Israel ya estuvo en la tierra prometida. Había fe, había virtud, había conocimiento. Ya tenían que ejercitar el dominio propio. “Señor vamos a circuncidarnos porque es algo necesario, que tú quieras. Vamos a tener paciencia, esperando en el campamento mientras nos sanamos; y después iremos a la batalla.”

Y Jehová dijo a Josué: Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto; por lo cual el nombre de aquel lugar fue llamado Gilgal, hasta hoy. (Josué 5:9) ¿Qué es oprobio? Dominio que lleva a opresión. En Egipto los Israelíes eran esclavos. Igual que éramos esclavos en nuestra vida antigua antes de conocer a Cristo. No importa que tan libres nos sintiéramos, éramos esclavos. Bajo la opresión del diablo. El nos ofrecía dulces y después de comerlos sufríamos dolor. Como la bruja en “El león, la bruja y el ropero.” Dio al varón unos dulces y de esa forma ella lo seducía pero después reveló quién era realmente. Y él sufrió. Así es el diablo. Así era para nosotros cuando vivíamos en Egipto, en el antiguo hombre.

Dios dice aquí a los Israelíes, “Hoy he quitado de vosotros la opresión de Egipto.” Físicamente habían salido de Egipto 40 años antes, pero la verdadera libertad llegó cuando se dieron cuenta que pertenecían a Dios, que tenían un pacto con El, que habían sido apartados para El, y estaban obedeciéndole.

Dios nos dice la misma cosa a nosotros. A través del nuevo nacimiento y de la consagración, El ha quitado de nosotros el oprobio de quienes éramos antes. La opresión del diablo, del pecado, del viejo hombre. Nuestro cautiverio al sentido de vergüenza, culpa o inferioridad en que vivíamos. Todo eso era parte de nuestra vida en Egipto. Dios lo ha quitado de nosotros porque somos nuevas criaturas y estamos en un pacto con El. Somos Sus hijos e hijas. Ya el enemigo no tiene dominio sobre nosotros. Estamos en Cristo y en El estamos completos.

Y los hijos de Israel acamparon en Gilgal, y celebraron la pascua a los catorce días del mes, por la tarde, en los llanos de Jericó. 11 Al otro día de la pascua comieron del fruto de la tierra, los panes sin levadura, y en el mismo día espigas nuevas tostadas. 12 Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra; y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán aquel año. (Josué 5:10-12) El maná era comida del cielo. ¿Dónde vivían los israelitas cuando Dios mandaba el maná? En el desierto. No hay mucha comida en un desierto. Entonces Dios les mandaba cada día el maná. Pero solo se podía recoger suficiente maná por un solo día. Si se trataba de almacenar para comerlo días después, se infestaba con gusanos. Para nosotros, el maná representa la gracia de Dios, Su palabra para nosotros como individuos. Cuando estamos experimentando un desierto en cierta área, Dios nos sostiene. Diariamente el nos manda palabras, mensajes para ayudarnos a sobrevivir. ¿Has experimentado eso?

Pero cuando entramos en la libertad y abundancia de la tierra prometida ya no hay necesidad para que Dios nos mande cada día una palabra para sostenernos. Porque hay frutos en la tierra prometida.

Cuando yo padecía de la anorexia, cada día alguien necesitaba decirme, “¡Hay que comer! ¡Come!” Como el maná cayendo del cielo, diciéndome que tenía que comer. Y al día siguiente necesitaba que de nuevo alguien me animara a comer. Pero una vez que Dios me había librado y llevado a la tierra prometida en esa área de mi vida, ya no necesitaba que alguien me dijera, “Coma” porque fui liberado.

Por tanto, en las áreas de tu vida que Dios toca, donde has dejado atrás el desierto y entrado en la tierra prometida, Dios te

**EL HA QUITADO
DE NOSOTROS EL
OPROBIO DE
QUIENES ÉRAMOS
ANTES.**

hará fructífero. En el desierto Dios proveía maná cada día para que comieran los Israelíes. De la misma manera en las áreas de desierto en nuestra vida Dios nos da diariamente palabras para sostenernos. Pero al entrar en la tierra prometida, empezamos a comer del fruto de la tierra. De allí, empezamos a sembrar y cosechar. Caminamos en una victoria sostenible. Hay abundancia. Hay variedad. Hay paz y hay tranquilidad.

A medida que le obedecemos a Dios tomando la iniciativa, cruzando el río Jordán, permitiéndole circuncidar nuestro corazón, entramos en una madurez y no necesitamos recibir a cada momento una palabra de Dios o alguna señal. Sencillamente sabemos que El está con nosotros. Comemos de la fruta de la tierra en paz y en tranquilidad.

Tal vez hay desiertos en tu vida. Áreas donde en el recóndito sabes que hay una escasez de paz, de tranquilidad, de sentirte bien. Dios quiere llevarte desde el desierto hasta la tierra prometida.

Si Dios te ha estado hablando recientemente diciéndote que creas ciertas cosas de Su palabra o que hagas ciertas cosas, es que en esas áreas de tu vida El quiere hacerte fructífero. Quiere llevarte a la tierra prometida. Donde puedas sembrar y cosechar en paz. Donde puedas gozarte de la vida abundante.

La Biblia dice que cuando José dio nombres a sus hijos, *llamó al segundo, Efraín; porque dijo: Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción.* (Génesis 41:52) Dios te hará fructificar en la tierra de tu aflicción. ¿Lo crees? En las tierras de aflicción en tu corazón El te hará prosperar; El te hará fructificar. Es una promesa de Dios. En las áreas de tu vida, escúchame bien, **en las áreas de tu vida donde te sientes más débil, El te hará más fuerte.** En las áreas donde tienes luchas interiores, batallas, desiertos, El quiere hacerte fructificar.

Tendrás que cruzar el Jordán. Tendrás que mantenerte firme y permitir que Dios trate contigo. Y El te hará fructífero. El lo hará. ¿Amén?

Para terminar, leamos unos versículos más. *Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? 14 El respondió: No; más como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? 15 Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo.* (Josué 5:13-15) Este varón no era un ángel, porque permitió que Josué le adorara. Se llamó “Príncipe del ejército de Jehová.”

Era Jesús. Jesús existía desde antes de la creación del mundo. No había sido encarnado como Jesús el carpintero todavía, pero en varios lugares del antiguo testamento El aparece como hombre. No para vivir acá, sino para cumplir ciertas misiones. Y esta fue una de ellas.

Josué le pregunta, “¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?” Tal vez si fuera de ellos iba a invitarle a luchar al lado de él. Si hubiera sido enemigo tal vez Josué le hubiera quitado la cabeza o por lo menos le hubiera ordenado someterse a ellos, diciendo, “La tierra ya es nuestra.” Pero el hombre solo responde, “No.”

Es decir, “No soy de ustedes, y no soy de sus enemigos. Soy el Príncipe del ejército de Jehová. Soy de Dios.”

Dios no existe para ayudarnos a realizar nuestros planes. El tiene Su propio plan. Somos parte de Su ejército, sirviéndole a El y no a nosotros mismos. No debemos enfocarnos en nuestra satisfacción, sino en El y en el caminar con El. Jesús dijo, *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.* **Tomamos posesión de la tierra prometida no principalmente para nuestro propio beneficio, sino para El.** Y en eso seremos bendecidos, y El nos hará fructíferos. Dios satisface nuestras necesidades. El lo hace. Pero El no existe para satisfacer nuestras necesidades. El existe porque El existe, y El es Dios.

Si tengo un área de desierto en mi vida y quiero ser fructífero en esa área, debo pedirlo a Dios. Pero el enfoque de mi vida no debe estar en que Dios solucione mis problemas. En cambio, debo decir, “Señor, te voy a seguir dondequiera que

**TENDRÁS QUE
MANTENERTE
FIRME Y
PERMITIR QUE
DIOS TRATE
CONTIGO.**

vayas. Y mientras te sigo, tú me llevarás a la tierra prometida. Tú me darás la victoria. El enfoque no debe ser mis problemas, mis desiertos, mis heridas. Mi enfoque debe ser 'Jesús, yo quiero seguirte. Quiero seguir al Príncipe del Ejército de Jehová.' Amén.

Me imagino que después de esta plática Josué vio las cosas desde una nueva perspectiva. Estaba allí con su ejército listo para conquistar la tierra que Dios les había prometido, pero entendió que no estaban allí principalmente para ser bendecidos. Estaban allí para glorificar a Dios, para servir en Su ejército, y mientras servimos en Su ejército vamos a conquistar y disfrutar la tierra.

Dios te hará fructífero en la tierra de tu aflicción. Es una promesa. Les animo a pensar un rato en las áreas en tu vida donde hay aflicción; y optar por creerle a Dios. Creer en Su palabra. "Dios, tú me vas a hacer fructífero. Yo te voy a seguir. Enfocado en ti. En tus manos dejo mis problemas. Dejo mis áreas de aflicción. Tú me vas a sanar, y yo voy a obedecer lo que tú me dices para ser sanado. Pero, mi enfoque es en Ti. Señor estoy aquí para Ti. Te amo mucho." Amén.

© 2006 Ministerio La Fuente. Todos Los Derechos Reservados.

Con gusto te autorizamos para hacer copias de este mensaje para distribuir gratuitamente a tus amigos. Sin embargo, con respecto a todos los demás medios de reproducir, o transmitir electrónicamente, se aplican todas las leyes vigentes acerca del copyright.



www.ministeriolafuente.org

Escríbenos si te podemos servir en tu andar con Cristo.

“SI ALGUNO TIENE SED, VENGA A MI Y BEBA”

- JESUCRISTO (Juan 7:37)